ELEGIA

A José Luis Hidalgo.

LATISTE un día con tu sed antigua
y el hambre de su amor bajo del pecho,
en una vida consagrada al llanto
y destinada a ser raíz de duelo;

sin humano temblor, con la sonrisa
a flor de labio en el lugar del beso
y el corazón latiéndote tranquilo
para no acongojar tu herido pecho

que presentía el fin y conocía
la proporción humana de estar muerto,
cuando tu propio cuerpo te llevaba,
tranquilo el paso y a favor del viento,

a entregarte en la orilla que supone
tu desintegración y tu silencio
que ahora resuena sobre todo el mundo
y cuya soledad pensar no puedo.

Cuerpo tuyo, que tuvo la paciencia
de trasladarte al horizonte eterno,
recompensado por tu propia muerte
en el cansancio de entregarte, muerto.

. . . . . .

Cuerpo tuyo, que tuvo la paciencia
de trasladarte al horizonte eterno.
No, tú no debes olvidarle nunca;
algo te dice que tu cuerpo tuvo
dolor y parte activa en todo aquello...

No puedes, tú no debes, tú no puedes,
nunca podrás en tu repique de alma
olvidar ese cuerpo generoso
que anduvo enfermo en sucesión de bruma.

¡Prométele otro día! ¡Dile ahora,
cómo, cuando descanse, ahora que el aire
eterno palpa y su descanso es noble,
vendrás por él y le darás la vida!

Ahora te ofrece una corona viva,
el corazón en tu amistad mantengo;
una corona arrebatada al verde
de la aurora, sin árbol extranjero,
desde la linde, desde el mismo borde
en que no tiene actividad el tiempo,
y te la ofrece por mi mano antigua,
a lo largo y profundo de mi sueño,
para que la recibas en tu frente
y la ciñas de veras en tu reino.

Para que serafines y querubes,
ángeles, tronos, te distingan muerto,
y el Padre Eterno, así como el Espíritu,
Jesucristo, María, más, las ánimas,
nostálgicas ausentes de sus cuerpos,
sientan que fuiste desde aquí a la Vida
pleno de humanidad, con el aspecto
que da a los hombres el total contacto
con el rostro esencial, rostro ecuménico,
que se relacionó desde el principio
contigo, hasta dejar hondo en tu pecho
el aire, desde antiguo, humanizado,
clima que trastocó todo tu aspecto.

Te ofrezco una corona destrenzada,
y pienso para mí que no estás muerto,
sino que en brazos de una fiebre larga
se halla tu ser, tu corazón, enfermo,
pero que ya raíces, yerbas, flores,
con anuencia de Dios, sobre tu cuerpo
operan, desde el vientre de la tierra,
porque vuelvas en ti, sobre tus huesos.

BERNARDO CASANUEVA MAZO